

MARÍA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

FRAY IVÁN FERNANDO MEJÍA CORREA, O.P.



El Antiguo Testamento narra la historia del pueblo de Israel, el pueblo elegido. A través de esa historia se advierte la acción de Dios en la vida de la humanidad.

Dios prepara de forma cada vez más precisa la venida de Cristo, en quien se realiza la plenitud de los tiempos y quien redime de una vez para siempre a todos los hombres.

Se debe considerar, por tanto, el Antiguo Testamento como una prolongada y gradual preparación a la venida de Cristo.



Todos los escritos veterotestamentarios se orientan y dirigen al Mesías, de tal manera que Él está presente en cada una de las páginas de la Biblia.



Estamos tan acostumbrados a contemplar a la Virgen Santísima junto a Jesús, tanto en la narración evangélica, como en la liturgia y en la piedad cristiana, que la primera pregunta que nos hacemos es si esta perfecta asociación entre la Madre y el Hijo comienza en un momento de la Anunciación o se remonta más bien al principio de los tiempos

Dicho de otra manera, deseamos conocer si María está preanunciada en el Antiguo Testamento o si, por el contrario, su presencia se detecta sólo en los Evangelios y demás escritos neotestamentarios.

Esta pregunta ha obtenido respuestas dispares entre los exégetas católicos. Para unos, María está ausente del Antiguo Testamento, o las alusiones a Ella son tan implícitas e indirectas que es imposible encontrar allí el menor esbozo de doctrina mariana

Otros afirman que María se encuentra, al menos, de forma indirecta en toda la Biblia, porque, si en toda ella se habla de Él, por la indisoluble unión entre el Hijo y la Madre, también se habla de ella. Si la Biblia es el libro de Cristo, debe ser a la vez el libro de María.





El Concilio Vaticano II proporciona unas pautas clarificadoras para acceder a los textos veterotestamentarios: “...los libros del Antiguo Testamento narran la historia de la salvación, en la que paso a paso se prepara la venida de Cristo al mundo”.

Estos primeros documentos, tal como se leen en la Iglesia y tal como se interpretan a la luz de una revelación ulterior y plena, evidencian poco a poco, de una forma cada vez más clara, la figura de la mujer Madre del Redentor

Bajo esta luz aparece ya proféticamente bosquejada en la promesa de victoria sobre la serpiente, hecha a los primeros padres caídos en pecado (Gn 3,15). Asimismo, ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un hijo, que se llamará Emmanuel (Is 7,14, con Miq 5,2-3; Mt 1,22-23). Ella sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de Él la salvación.

El Magisterio de la Iglesia se ha pronunciado por el sentido Mariano de esas perícopas del Antiguo Testamento. Tenemos, por tanto, que afirmar que, según la mente del concilio, los tres pasajes se refieren a María en un sentido verdaderamente bíblico, y no sólo como acomodaciones marianas.

Según el texto del concilio, María realmente aparece ya proféticamente bosquejada en Gen 3,15 y ella es la Virgen de que habla Is 7,14.

Siguiendo a Cándido Pozo clasificaremos en tres grupos los pasajes del Antiguo Testamento con un sentido mariológico: a. textos con un sentido mariológico cierto; b. textos de sentido teológico discutido; c. textos marianos por acomodación.



TEXTOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO CON SENTIDO MARIANO CIERTO

Partimos de la base de que Gn 3,15, Is 7,14 y Miq 5, 2-3 contienen una revelación auténtica, aunque solamente bosquejada, sobre la Madre del Mesías. Esta revelación se descubrirá de manera patente aplicando la luz que arrojan sobre ellos el Nuevo Testamento y la interpretación usual de la Iglesia.



TEXTOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO CON SENTIDO MARIOLÓGICO DISCUTIDO

Jeremías, 31,32; Cantar de los Cantares; Salmo 45 .

TEXTOS MARIOLÓGICOS POR ACOMODACIÓN

Proverbios 8; Eclesiástico 24.



FIGURAS Y SÍMBOLOS MARIANOS

La liturgia, la devoción popular y los autores espirituales han aplicado frecuentemente en sus oraciones, cantos y plegarias muchos símbolos y figuras bíblicas a María.

El florilegio mariano abunda en las figuras veterotestamentarias. Tenemos que repetir que no son verdaderos “tipos”, es decir, personas que en la intención divina prefiguraban a María.

Muchas heroínas y mujeres del Antiguo Testamento han sido consideradas en la literatura mariana prefiguraciones de María.



Sara, esposa de Abraham, que contra toda esperanza engendra al hijo prometido.

Rebeca, esposa de Isaac, que cuando Eliezer siervo de Abraham la conoció en la fuente de agua era una joven agradable y virgen bellísima que no había conocido varón.

María, hermana de Moisés, virgen y profetisa que entona un estribillo en alabanza a Yahvéh en el paso del Mar Rojo.

Ana, madre de Samuel, atormentada por una larga esterilidad, Dios escuchó su ardiente plegaria y engendró a un hijo. Arrebatada por la alegría, entona un cántico de gratitud.





Ester, esposa de Asuero, que por sus súplicas ante su esposo el rey, libró al pueblo judío de la persecución decretada por el primer ministro Aman.

Débora, profetisa y juez de Israel, que libró a su pueblo de la dominación Cananea.

Judith, viuda de Manasés, fiel y temerosa de Dios que cortó la cabeza de Holofernes, librando a su pueblo de la dominación asiría.

La devoción a María ha cantado sus prerrogativas por medio de comparaciones y analogías pertenecientes a la historia bíblica.

Estos símbolos, a veces de gran belleza, son una manera de ensalzar las perfecciones de María. Así, como botón de muestra, se ha simbolizado a la Virgen con:



La hermosura y fecundidad del paraíso terrenal (Gn 2,8-9); el arca de Noé, que flota en las aguas y lleva en su seno al padre de la humanidad renovada (Gn 6); la escala de Jacob que une el cielo con la tierra (Gn 28,12); el arco iris (Gn 8,21); la zarza ardiente (Ex 3,1-11); el arca de la alianza (Ex 25,10-26); el candelabro de oro (Ex 35,31-40); el vaso lleno de maná (Ex 16,33); el vellocino de Gedeón (Jud 6,36-40); Jerusalén, donde habita el Señor (Sal 87); la puerta cerrada (Ez 44,1-2).



GRACIAS

REFERENCIA:

Juan Luis Bastero de Eliezalde. María, Madre del Redentor. Pamplona: Eunsa, pp. 334.